

La aspersión de la sangre

El pueblo rociado (con la sangre) es el pueblo de la Nueva y Eterna Alianza; es la Iglesia: llamada a dar testimonio de la novedad de vida.

Esta es la razón por la que la voz de la sangre de Cristo, de la cual Abel en su inocencia es una figura profética, clama a Dios "en una forma absolutamente única". La unicidad reside en la excelencia de la misma sangre y en el contenido del clamor. Por lo que se refiere al segundo punto el Papa explica el significado del clamor: es la que sangre que redime, purifica y salva, y que establece la nueva alianza; derramada por muchos para el perdón de los pecados (Mt 26, 28). "Esta sangre", escribe el Papa, "que sale del corazón abierto de Cristo en la cruz (cf. Jn 19, 34) es más elocuente que la sangre de Abel; en efecto, expresa y exige una justicia más radical y, sobre todo, implora misericordia, intercede por los hermanos ante el Padre (cf. Heb 7, 25) y es la fuente de perfecta redención y el don de una vida nueva".

Y continúa: "La sangre de Cristo, mientras revela la grandeza del amor del Padre, muestra cuan valioso es el hombre a los ojos de Dios y cuan inestimable el valor de su vida." Y prosigue: "Además, la sangre de Cristo revela al hombre que su grandeza y, por ende, su dignidad, consiste en el don sincero de sí mismo. Justamente porque derramada como un don de vida, la sangre de Cristo ya no es un signo de muerte, de separación definitiva de los hermanos, sino el instrumento de una comunión que es riqueza de vida para todos." Y concluye diciendo: "De la sangre de Cristo todos sacan fuerza para comprometerse a promover la vida. Es justamente esa sangre la fuente más poderosa de esperanza; en efecto, es el fundamento de la certeza absoluta de que en el plan de Dios la vida triunfará."

He aquí los cuatro aspectos de la visión cristiana de la humanidad. Este el *evangelio de vida*, o mejor el *evangelio de la sangre*. El resto de la encíclica es una deducción, una elaboración de las consecuencias. Los cuatro pilares que el Papa ha deducido de la "voz de la sangre de Cristo" son la espina dorsal que sostiene toda la encíclica.

El Papa afirma que en la sangre de Cristo se cumplieron todas las promesas. Esta sangre comunica vida, purifica y salva; establece un nuevo mundo de relaciones, basado sobre vínculos de sangre absolutos, y haciendo, por lo tanto, nuevas todas las cosas. Esta afirmación abre el paso al segundo capítulo. El Papa nos hace escuchar nuevamente la palabra de Dios y medita sobre el evangelio. El título mismo del capítulo es elocuente: "He venido para que tengan vida". La frase continúa: "para que la tengan en abundancia" (Jn 10, 10). Vienen a la mente las palabras de Albertini en la corona de la Preciosa Sangre cuando dice que la sangre del Redentor se derramó "hasta la última gota por nuestra libertad". "En abundancia", verdaderamente.

La vida verdadera se hace visible y nosotros la hemos visto (1 Jn 1,2). El mensaje cristiano acerca de la vida es tal que todo creyente puede y debe hacer suyas las palabras del cántico: "Mi fortaleza y mi canción es Yahvé, El es mi salvación (Ex 15, 2). En Cristo, Dios ha vuelto a dar vigor a la persona humana revelando que toda vida es valiosa. En la precariedad de la existencia humana Cristo lleva a cumplimiento el evangelio de la vida. El nacimiento de Cristo se presenta como una "gran alegría" y su muerte como el momento de la redención. Es la alegría que surge de la comprobación de que la muerte ha sido vencida para siempre y de que la vida no surge de la perspectiva de la muerte sino de la eternidad. De todo esto da testimonio la sangre, que es también un río de misericordia cuando el ser humano reconoce sinceramente que no ha estado a la altura de su propia grandeza.

De todo lo cual se sigue que hay que amar la vida como un don precioso y vivirla en unión con Cristo, porque sólo el que cree en él tendrá la vida eterna.

Toda vida humana tiene que ser amada. Por lo tanto, toda persona humana. Toda vida tiene que ser amada: desde el momento de la concepción hasta la muerte.

La sangre de Cristo, mientras revela la grandeza del amor del Padre, manifiesta cuan valioso es un ser humano a los ojos de Dios y cuan inestimable el valor de su vida. Como en la práctica no siempre se aprecia dicho valor, y demasiadas veces se lo desprecia decididamente, el Papa dedica el tercer capítulo de la encíclica a denunciar las formas más graves en que la vida es despreciada. Hace comentarios sobre el mandamiento "no matarás". Después de millares de años, este mandamiento que parecía denunciar una característica de los pueblos bárbaros y primitivos, no sólo es actual en nuestros días sino que es quebrantado con una frecuencia desconocida en otras épocas. El Holocausto no lo realizaron pueblos culturalmente atrasados. Es una mancha indeleble de nuestros tiempos, de finales del segundo milenio. Y los genocidios, las purificaciones étnicas, son la crónica actual de todos los días. Y luego el holocausto de todos los holocaustos: la inmensa llaga del aborto, tanto más pernicioso cuanto que no se lo mira con el horror que suscita en todos el Holocausto.

Este mandamiento, dice el papa, explícitamente tiene un fuerte contenido negativo: indica el límite último que nadie puede superar. Implícitamente supone una actitud positiva de absoluto respeto por la vida, que lleva a todos a respetarla y urge a amarla. Matar un ser humano, que lleva grabada la imagen de Dios, es como atacar la vida misma de Dios. La vida es sagrada porque implica una acción creadora de Dios. La vida es sagrada desde su mismo comienzo; y lo es hasta su último aliento.

"La sangre de Cristo, además, revela al hombre su grandeza y, por ende, su vocación, que consiste en el verdadero don de sí mismo. Justamente porque derramada como un don de vida, la sangre de Cristo ya no es más un signo de muerte, de separación definitiva de los hermanos, sino el instrumento de una comunión que es riqueza de vida para todos.

En el cuarto capítulo el Papa trata el tema de la vida interpretada como un don. Es otra forma de dar la sangre para el bien común: poner las energías personales a disposición de los demás. El mismo título del capítulo expresa claramente esa preocupación: "Me lo habéis hecho a mí". Por lo tanto, cualquier servicio hecho a uno de sus hermanos más pequeños, se considerará como hecho a Cristo mismo. Y no hay nadie "más pequeño" que un niño no nacido, o que una persona anciana, o un enfermo o una persona desvalida. El primer servicio en esos casos es proclamar el evangelio de la vida: gritar desde los tejados que su vida vale mucho.

Pero hacer este tipo de anuncio en el mundo de hoy, tan cerrado en su mentalidad utilitarista, tan rebelde a un espíritu de sacrificio redentor, lleva el testimonio hasta el punto del martirio: a la sangre. Aquí se entiende lo que el Papa dice en el famoso n. 25, concluyendo su exposición sobre la sangre de Cristo: "De la sangre de Cristo todos sacan fuerza para comprometerse a promover la vida. Es justamente esa sangre la fuente más poderosa de esperanza; en efecto, es el fundamento de la certeza absoluta de que en el plan de Dios la vida triunfará."

Así pues, la sangre de Cristo es la fuente de fortaleza para el testimonio y también un motivo de esperanza. Estas dos afirmaciones apuntan a una cooperación: la fortaleza nace de la esperanza que es una certeza absoluta del triunfo del bien.

El pueblo de Dios tiene que ser un pueblo de vida y al servicio de la vida. Debe saber cómo realizar una nueva cultura: la auténtica cultura de la vida.

(P. Michele Colagiovanni, C.PP.S., "Evangelium Sanguinis", Nel Segno del Sangue, Roma, mayo de 1995, pp. 99-107)